

Irene Gracia

El beso del ángel

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Para Roberto Bolaño
y Juan Manuel González
in memoriam

El caso de Thérèse Fuller excede con mucho el campo de la psicopatología de la vida cotidiana y sobrepasa el límite.

Sigmund Freud, *Psicopatología y misticismo*

Fue Sigmund Freud el que me puso al corriente del caso de Thérèse Fuller, ignorando que me estaba abriendo las puertas de la interpretación de lo sobrenatural.

Carl Gustav Jung,
Nuevos apuntes sobre La flor de oro

(citas añadidas por la editora del texto de Thérèse Fuller)

Prólogo de Thérèse

Yo, Thérèse Fuller, confieso haber mantenido y seguir manteniendo relaciones íntimas con seres sobrenaturales que me fueron poseyendo en el transcurso del tiempo y de cuyas voces doy razón en este libro.

Ya desde niña, sentí a mi lado la sombra amable de Adanel, pero entonces no conocía nada de él, ni su nombre, ni su naturaleza, ni sus promesas de felicidad.

El ángel del deseo tardó mucho en mostrarse a mí en todo su ser, tan transparente como abismal; tardó en amar a quien tanto le amaba.

Teresa de Ávila, la mujer más sobrenatural de cuantas mujeres han fatigado la historia, me ayudó a comprender que nuestras relaciones con lo sobrenatural pueden llegar a ser tan violentamente carnales que excedan la comprensión humana, la comprensión animal y quizá también la comprensión celestial. Son ventanas inmensas, estremecedoras y perturbadoras, que se abren a otra realidad, más intensa en todo, incluso en las formas de amar.

Lo que durante toda mi vida había sido sólo una sospecha se convirtió en certeza, en inspiración divina, cuando recibí «El beso del ángel». Como Maimónides,

que pasó de ser necio a genio cuando el arcángel Gabriel emergió de la fuente del saber, besó sus labios y le transmitió el supremo conocimiento. A los treinta y tres años, deserté de mi espectáculo de danza en el Circo de Invierno y empecé a dedicar todo mi tiempo a mis meditaciones y mis relaciones con el más allá. Entonces comenzaron a surgir las voces que me precedían en el tiempo: Apolina, Ledo y Dionisio. Sus palabras me poseyeron íntegramente durante nueve noches, conduciéndome a las cimas más gloriosas del dolor y el placer, y me dispuse a escribir este libro y a desvelar los hechos que, según el mismísimo san Juan, han sido omitidos desde el origen del mundo, dejando al hombre más huérfano y más ignorante de sus verdaderos lazos con el absoluto.

Ésta es la historia de mi posesión, de mi reino.

Apolina

Me conocen como la abrasadora, porque mi mente quema tanto como mi piel, pero soy Apolina, y sobreviví a la demencia de mi madre, que ya estaba loca cuando me parió.

Antes de que yo naciera, mi madre había perdido tres hijos. Los tres nacieron en primavera y los tres murieron antes de que finalizara el verano. Por eso cuando yo vine al mundo mi madre me rechazó, temerosa de que me sucediera lo mismo que a mis hermanos.

Así que en cuanto yo nací cortó con sus propios dientes el cordón umbilical. De un solo mordisco se separó de mí, se liberó de su apego, su recelo, su rencor y su amor hacia mí.

Ni siquiera me limpió la sangre de la boca y de los ojos. No me bendijo con su saliva, no me bendijo con sus lágrimas, y cargando conmigo comenzó a subir el monte Parnaso. El sexo todavía le sangraba cuando decidió arrojarme al fuego de la pira que se hallaba en la cima del monte.

—Ya no quiero criarte ni quiero que mis pechos se fatiguen inútilmente. Mejor que te amamenten los dioses del Hades y que sea tu única nodriza la muerte —dijo

con voz hiriente, y, dándome la espalda, me abandonó entre las brasas y las llamas.

Mi corazón se detuvo. Estuve muerta durante un instante infinito. Lo sé. Y fue un dolor superior al dolor de nacer y superior al dolor de ser. También lo sé. Pero los dioses estaban de mi parte, y el peso de mi cuerpo amortiguó las llamas en lugar de avivarlas, como si me temieran o no quisieran devorarme, de forma que las brasas apenas quemaron mi espalda, si bien me dejaron una cicatriz en forma de lira.

El fuego volvió a encender mi llama vital y mi corazón volvió a latir animado por el mismo elemento con el que Prometeo daba vida a sus criaturas de barro.

Pero el fuego habría acabado por consumir enteramente mi cuerpo de no ser por Onís, el sacerdote de Apolo que, oculto tras un árbol, había presenciado el acto de mi madre y me rescató de las llamas en el último momento. Onís fue el primero que vio la lira candente tatuada en mi espalda, y alzándome en sus brazos hacia el cielo dijo:

–Te llamarás Apolina, hija de la locura humana y del fuego de Apolo, que te ha dado nueva vida.

Onís fue quien me enseñó todo lo que sé y todo lo que no debo saber, todo lo que se sabe y todo lo que se sabrá. Y fue también quien me confesó que el miedo había convertido a mi madre en una asesina, advirtiéndome que sólo debía temer al miedo, que convierte a las mujeres en fieras acorraladas y a los hombres en fieras desbocadas. Al mismo tiempo me aconsejó no aver-

gonzarme de las cicatrices de mi espalda, pues aquel recuerdo del fuego tatuado en mi cuerpo le parecía un signo de buen augurio enviado por el cielo.

Onís me transmitió el arte de adivinar y los secretos del oráculo: los que sabía y los que sólo había vislumbrado o no sabía, y, cuando empecé a llamarle «padre», me señaló una pira ardiendo y me susurró que las llamas eran mi padre y mi madre, y que él sólo podía considerarse mi mentor.

Muchas de sus enseñanzas debieron de llegar a mí antes de que mis labios pronunciasen las primeras palabras, y ya antes de andar adivinaba (¿o tal vez profetizaba?) cómo iban a ser mis futuros movimientos observando la vibrante y distinguida danza del fuego, de la misma manera que antes de hablar ya sabía cómo debía silbar las palabras en el futuro, atendiendo al crepitar de las llamas y al silbido sutilísimo de las brasas.

El fuego siseaba, susurraba, balbucía, silbaba, gemía, chillaba, tronaba a veces o estallaba en sonidos discordantes y terribles. Yo acabaría haciendo lo mismo.

Dicen que en la primera época de mi vida, de la que no solemos tener recuerdos, yo me acercaba gateando hasta el ara encendida y me pasaba las horas muertas hipnotizada ante el fuego. Dicen que su compañía me reconfortaba en el frío invierno, y que en las noches ardientes del estío necesitaba que Onís depositase junto a mi cama una lámpara llameante para poder dormir acurrucada junto a una imagen de mi padre.

Y mis sueños eran tan ígneos como él, luminosos y destructores como él, el devastador, el furioso, el asesino.

Si bien nací con los cabellos blancos del terror, con los cabellos níveos del espanto, con los cabellos albinos del pánico, el contacto incesante con el fuego los fue enrojando. A nadie le extrañó el cambio, pues existía la creencia de que el tinte purpúreo de las brasas podía alterar el color de cualquier cabellera.

Tuve una infancia extraña y sacra, y fui muy amiga de una serpiente que los sacerdotes criaban en el templo y a la que llamaban Pitón. De día, Pitón me seguía por todas partes, y de noche, cuando ya Onís dormía, yo abría la cesta y dejaba que la gran culebra durmiese junto a mí y me inspirase sueños que sólo animales tan antiguos como ella pueden inspirar, pues apuntan al origen y al fin de todo lo creado y por crear.

Fue Pitón la que me enseñó a hipnotizar con la mirada y la que me desveló que para hacerlo era necesario mirar al otro desde el interior más oscuro de nuestro corazón, y desde allí arrojarle una púa envenenada que atravesando nuestros ojos llegaba hasta el objeto de observación, perforándole las pupilas y la región más antigua de la mente.

¿Seré la única mujer que puede decir que aprendí a hablar siete lenguas?

Aprendí el lenguaje de las serpientes (el de sus ojos, el de sus silbidos y el de sus colas voluptuosas).

Aprendí el lenguaje de las nubes, tan sutil y envolvente.

Aprendí el lenguaje de los dioses, cuya conciencia es mil veces más poderosa que la nuestra.

Aprendí el lenguaje del fuego, que abraza a la vez que mata.

Aprendí el lenguaje hablado de los hombres, tan torcido y traidor.

Aprendí el lenguaje escrito de los hombres, que engaña más que el hablado.

Y aprendí finalmente el lenguaje del silencio, el más honesto, el más convincente y el más aniquilador.

Aprendí todo cuanto una pitonisa debe saber para ejercer su oficio gracias a las bondades de Pitón y a la generosidad de Onís, quien, advirtiéndome que mi mente gozaba de un poder de asimilación especial, me fue comunicando los arcanos de Delfos ora mentalmente, ora mediante sus sabias y cristalinas palabras.

Y cuentan que la primera vez que el dios habló por mi boca acababa de cumplir los cuatro años. Mi lenguaje era similar al de una niña de mi edad, pero mis palabras estaban tan bien ordenadas y llevaban con ellas un ritmo tan dulce y envolvente que todos los sacerdotes se quedaron boquiabiertos. Y dicen que la segunda vez que me fue dado entregarme al arte de vaticinar, el mismísimo Apolo Pitio habló con su voz desde mi boca y un joven sacerdote a punto estuvo de morir de terror.

Mi rostro se transfiguraba, mis ojos se encendían, mis músculos se tensaban y, de pronto, surgía la voz, y yo creía flotar en un universo de pura música y pura felicidad. Mis labios brillaban y ardían como si acabasen de besar al sol, mi lengua era una llama de carne y sangre, y mis palabras humeantes conformaban nubes rojas y grises que se iban elevando hasta desaparecer en las profundas negruras de la gruta. Mi piel se inflamaba de tal modo cuando estaba en trance que nadie podía tocarme, pues mi carne abrasaba más que el hierro al rojo. Una mujer me acarició una vez y sus manos se

cubrieron de ampollas. De ahí que me viera obligada a profetizar desnuda, para que mi túnica no ardiera.

Y mis palabras buscaban con tal perfección las pausas rítmicas que no hacía falta versificarlas: salían ya de mi boca convertidas en poemas de una melodía que parecía llegar directamente a mí desde la mente de Apolo.

Mas no siempre era el dios el que movía mi lengua, a veces eran los fantasmas de los muertos y de los que aún no habían nacido los que luchaban por salir de sus tinieblas a través de mi boca, formando un coro sepulcral y caótico que causaba espanto. Aquellas voces pasadas y futuras me confundían de tal modo que más de una vez creí precipitarme en el pozo de la locura, mucho más hondo y oscuro que el foso desde el que salmodiaba mis profecías. En esos momentos mi mente era como una orquesta sin cabeza y las palabras se mezclaban con los gritos y los gemidos. Ah, qué delirio..., de pronto mi cabeza parecía a punto de estallar y las palabras ajenas taladraban mi cráneo y mi lengua como prisioneras ávidas de volar en libertad, y me desmayaba entre los vapores sulfúricos y las ensordecedoras fanfarrias del más allá.

Sólo los sacerdotes podían ver mi desnudez: una cortina flotaba en mitad del foso y me separaba de los consultantes, que únicamente apreciaban mi silueta.

En una esquina del foso, y a tan sólo tres pasos del trípode sobre el que profetizaba, había un pozo circular que no tenía fondo. Los sacerdotes lo llamaban «el pozo del abismo», y de él emanaban las fuerzas oscuras que al juntarse en mi mente con las fuerzas claras

procedentes de Apolo hacían posible el arte mismo de la profecía. En una ocasión, un hombre arrastrado por la curiosidad de ver mi rostro saltó el foso, atravesó sacrílegamente la cortina, tropezando con ella y con el trípode, y se precipitó al pozo. Se le oyó gritar y maldecirme durante un buen rato, y es posible que siga gritando y troquelando la oscuridad sin fondo hasta el día mismo en que se extinga el mundo, Delfos, sus templos, y el pozo del abismo. ¿Escapar al destino es tan difícil como liberarse de la propia sombra? ¿El muchacho curioso estaba destinado a morir de forma tan horrible?

A veces, cuando la llama profética me abrasaba los labios, hablaba con la boca del estómago como los ventrílocuos. En esos momentos mis palabras resultaban más oscuras y más hondas y los consultantes las tomaban por verdades absolutas surgidas del corazón de la tierra.

En Delfos me llamaban la protegida de Febo. La Fama divulgaba mis profecías a la velocidad del viento, y mi nombre resonaba como una palabra mágica por toda Grecia llegando, a través de los barcos y los marineros, a los confines de Egipto y a la remotísima Libia, donde moran hombres parecidos a la noche.

Desde todos los lugares del orbe acudían a mí los necesitados de luz y de fuego, y era común entre mis consultantes afirmar que mis vaticinios estaban vinculados por hilos de oro finísimo a los hilos que tejen el Destino y las industriosas Parcas, y por ello eran siempre ciertos y no se apartaban un ápice de los hechos por venir.

Percibía los sueños y las vigilias de los dioses y de la Tierra, percibía los sueños y las vigilias del Agua, el Aire y el Fuego. Y cuentan los propensos a exagerarlo

todo que mis palabras eran amarillas cuando hablaban de la carne, azules cuando hablaban del espíritu, blancas cuando hablaban del alma, purpúreas cuando hablaban del corazón, y negras cuando hablaban de la muerte.